

# Un amor para todos y para siempre



Catholic  
fernanda



Verónica Lobo

La entrega maternal de la Virgen hacia cada uno de sus hijos dura a través de siglos y milenios, porque está apoyada en la roca firme. Ella desea formarnos, de modo que adquiramos la belleza interior del Señor, sus sentimientos, sus pensamientos, sus modos de hablar y de obrar.

Qué difícil es decir hoy "para siempre"! Si miramos a nuestro alrededor pareciera que nada dura para siempre. Ni los muebles de mejor calidad, ni el edificio construido por la mejor empresa. Menos aún las relaciones que vamos tejiendo con esperanza e ilusión... **¿Hay algo que verdaderamente dure para siempre? ¿El amor? ¿Cuál amor?** Una vez más quiero contemplar a María para encontrar una respuesta a mis preguntas.

En el Evangelio de Juan descubro que hay un "para siempre" muy hondo en su vida. **"¡Mujer, aquí tienes a tu hijo!"** (Jn 19, 26). Cuando llega el momento más

doloroso de su existencia, con estas palabras dichas desde la cruz, Jesús le abre las puertas de una nueva dimensión en su vocación materna. Son las puertas del "para todos" y "para siempre". En el discípulo amado estábamos representados todos y cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Estábamos todos los miembros de la Iglesia. "Mira a tu alrededor y observa: todos se han reunido y vienen hacia ti; tus hijos llegan desde lejos y tus hijas son llevadas en brazos" (Is 60, 4). **¡Todos! A todos, a cada uno, personalmente, Ella nos recibe en su corazón de Madre con infinito amor. ¡También a mí! ¿Soy consciente**

de esta realidad? ¿Me siento hijo amado de María? ¿O soy un hijo que no se da cuenta del amor de mamá, silencioso y entregado cada día, todos los días?

“José, hijo de David, **no temas recibir a María**” (Mt 1, 20), le había dicho el ángel a san José cuando supo que Ella estaba embarazada. Y Juan, el apóstol que se había quedado con Jesús hasta el final, recibe esta palabra maravillosa: “¡Aquí tienes a tu madre!” (Jn 19, 27). ¿No siento también yo resonar en mi interior la invitación a aceptar este don? “José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado: llevó a María a su casa” (Mt 1, 24). “Y desde aquel momento, [Juan] el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 27). El

lugar de la madre es la casa. Mi casa, mi corazón, mi vida entera. ¿Quiero abrir a María las puertas de mi vida interior? ¿Quiero permitirle ser mi madre cada día? ¿Voy a aceptarla solo por un tiempo? ¿Cuál es mi decisión?

Sigo contemplando a María con la certeza de fe que “los dones y el llamado de Dios son irrevocables” (Rm 11, 29). ¡Para siempre! Porque Dios es eterno y no cambia: “Yo haré con ustedes una alianza eterna, obra de mi inquebrantable amor” (Is 55, 3). **La entrega maternal de la Virgen hacia cada uno de sus hijos dura a través de siglos y milenios, porque está apoyada en la roca firme.** Su amor se une y se integra con el Amor que la hace cantar: “Su

misericordia se extiende de generación en generación... en favor de Abraham y de su descendencia para siempre” (Lc 1, 50.55). **¿Me apoyo en el Amor de Dios para que mi debilidad no prevalezca a la hora de amar y entregarme?**

El último libro de la Biblia nos muestra una imagen bellísima: **“Y apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol”** (Ap 1, 12). Madre de la humanidad, ahora asunta al cielo, María ejerce su maternidad permanentemente intercediendo por nosotros. Su mayor deseo es llevarnos a esa plenitud que todos estamos llamados a alcanzar pareciéndonos a Jesús. Quiere ayudarnos a que nos dejemos modelar y transformar nuestro corazón, como formó y educó al Hijo de Dios, de modo que adquiramos la belleza interior del Señor, sus sentimientos, sus pensamientos, su modo de hablar y de obrar. **¿Pido yo su intercesión? ¿Qué pido: cosas materiales, éxito en distintos ámbitos de mi vida y para mi familia? ¿O en cambio soy capaz de responder a los deseos de mi Madre, entregándome a Ella? ¿Me dejo conducir con docilidad?**

**¡Madre de Dios y de la humanidad, intercede por nosotros!** ■



*A todos, a cada uno, personalmente, Ella nos recibe en su corazón de Madre con infinito amor. ¡También a mí!*

